

## CRÓNICAS DE UN MISIONERO EN LIMACHITO

### SÁBADO 10 DE ENERO

Llegamos a Valparaíso al cantar del gallo. La Joya del Pacífico, nos recibió como se recibe a los peregrinos: sin promesas fáciles, pero con la certeza de que cada paso tiene un sentido. Vinimos para iniciar una misión en Limachito, poblado de mediana extensión y unas 600 familias. Y ya desde el arribo se hacía visible que no se trataba de un simple desplazamiento geográfico, sino de un peregrinar al interior. Hay viajes que se miden en horas y otros que se miden en fe.

Desde la Isla del Encanto, Puerto Rico, cruzamos cerca de diez horas de vuelo; desde el corazón de Centroamérica, Honduras, se atravesaron otra larga decena de horas de caminos; desde Bolivia, tierra de raíz andina y espíritu profundo, algunos llegaron tras más de treinta horas de bus. Chile, anfitrión, nos esperaba no como espectador, sino como hermano. Todos como quienes asumen el peso del camino como don. Somos estudiantes universitarios católicos, de países distintos, pero convocados por una misma razón.

Esa razón es antigua y siempre nueva. Jesús, primer misionero, se presenta como enviado del Padre (dice en Lucas): *“Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor. No venimos, por tanto, a inaugurar una idea propia, sino a dejarnos enviar”*.

Atreviéndome a tomar las palabras del Padre Capellán de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso que nos recalcó que la misión que emprendemos no nace del activismo ni de la filantropía, no somos una ONG. No somos una ONG que contabiliza impactos con meros KPI's o indicadores; somos portadores de un mensaje de amor. Vinimos a emprender el estudio más exigente: el que no se dicta en aulas tradicionales, sino en la escuela de la vida real. Aquí se aprende la sociología del día a día, la psicología del encuentro y del apoyo, la ciencia del querer, la teología que se encarna. En esencia, venimos a vivir el mensaje de Cristo. No como una teoría como cualquier otra, sino como una verdad que se peregrina.

Como se nos enfatizó, somos estudiantes de la ciencia del amor, el mensaje de Dios, una ciencia que no se aprende en aulas ni se certifica con diplomas, sino que se comprende únicamente en la entrega. Cerca del mediodía tomamos un bus y partimos destino al Santuario de Nuestra Señora de las 40 horas en Limache, almorcamos y nos conocimos. Un auténtico diálogo internacional pero que ya pronto se va haciendo conducta familiar. Subsiguientemente conocimos nuestro hospedaje durante la próxima semana de misión, rápido nos hicimos cargo de hacer de esta escuela acogedora, un hogar. Visitamos la capilla de la comunidad de Limachito y rápidamente nos sentimos acogidos, tuvimos misa y ya luego regresar a la escuela a tomar la tradicional once chilena, rezar en comunidad y karaoke. Si fuese a resumir este día en pocas palabras, serían: entusiasmo, alegría y el querer ser misionero. Deseosos que todo vaya bien.

### **DOMINGO 11 DE ENERO**

El segundo día comenzó con una levantada animada, casi festiva, como si el cuerpo intuyera antes que la psiquis lo que estaba por acontecer. Desayunamos el tradicional pan con palta y emprendimos el primer día de impacto directo en la comunidad de Limachito.

La jornada se abrió con la Adoración al Santísimo en el Santuario de Nuestra Señora de las Cuarenta Horas, seguida de la Santa Misa. La comunidad del Santuario y de la Parroquia nos recibió con la calidez que caracteriza a todo chileno. Ya éramos familia.

Ya se acercaba la hora de ver las primeras caras, recorrer los primeros callejones y entre todos se rumoreaba lo que iba a suceder. Era una mezcla de emociones positivas, difíciles de nombrar, quizá porque intentar describirlas sería tan impropio como pretender definir al mismo Espíritu Santo, que sopla donde quiere y no se deja atrapar por las palabras.

“*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*”, dice el viejo verso. Y fue precisamente subiendo la cuesta empinada que caracteriza a este barrio (ese ascenso físico que pronto se volvió también interior) cuando la memoria trajo de vuelta esa canción antigua. Comprendí entonces que había llegado el momento de encarnar aquello que llevábamos días rezando, de poner nombre y cuerpo a la esperanza que nos mantenía en vilo. Para finalmente darnos cuenta de que no se trata

de abstractos, sino de atreverse a buscar esas estelas en el mar, invisibles pero necesitadas, y llegar hasta ellas.

Nos dividimos en pequeños grupos misioneros y partimos a lo que vinimos. Primeramente, quedas impresionado con la realidad social en la que viven, luego la adoptas como tuya y finalmente adviene en sentido eso de que “*todos somos hermanos en Cristo*”.

### **LUNES 12 DE ENERO**

Con el paso de los días se hacía cada vez más evidente una intuición sencilla y, a la vez, exigente: la misión no es un sustantivo, es un verbo. Algo que no se posee ni se enuncia, sino que se conjuga con los sustantivos del cuerpo, con el adjetivo del tiempo y con el adverbio del “yo”. Lo mismo ocurre con el Evangelio. Lo nombramos, lo citamos, lo aprendemos como palabra escrita, pero su verdad más profunda solo se revela cuando deja de ser concepto y se vuelve gesto, una acción.

San Francisco de Asís decía: “*predicar siempre, y cuando sea necesario, usar palabras*”. Hay momentos en los que el lenguaje se queda corto, en los que las frases resultan insuficientes. Entonces, las acciones alzan la voz y dicen lo que la boca no alcanza a pronunciar. Una mirada que escucha, una presencia que acompaña, un silencio que respeta: ahí el Evangelio deja de ser letra y se vuelve carne.

En ese descubrimiento humilde, la misión cobra su forma más auténtica. No se anuncia desde arriba ni a distancia; se vive, se camina, se ofrece. Y en ese andar silencioso, donde las palabras parecen mudas, es precisamente donde el mensaje habla con mayor claridad.

En el camino vimos de todo. Hubo puertas que no se abrieron y miradas marcadas por el desencanto con la Iglesia; también escuchamos el lamento de quienes sentían que su fe ya no recibía la atención de antes. Encontramos ancianos en soledad, enfermos, y familias que, en medio del dolor, se sostenían unas a otras para cuidar a una madre enferma. Conocimos a don Lucho, guardián sin título ni placa del barrio, que recoge y reparte lo poco o lo mucho, asegurándose de que a los suyos y los no suyos, no les falte lo esencial. Algunos nos pidieron, sin rodeos, asistencia espiritual y la presencia de un sacerdote.

La convivencia fue creciendo. El ánimo subía y bajaba, como en todo peregrinar, pero nunca perdimos el norte. Recibimos formación sobre la vocación y la castidad, y encontramos en los ratos de oración comunitaria el lugar donde todo volvía a ordenarse y a cobrar sentido.

Ese lunes, la oración se recogió en torno a unas velas encendidas en el centro en forma de cruz, pequeñas llamas, una por cada misionero. Unidos en común oración, en comunidad y a una sola voz se sentía como si fuéramos todos conocidos de toda la vida, familia. En ese círculo de luz me resonaba la frase del líder de la India, Mahatma Gandhi, que decía que “*donde hay amor hay vida*”, y lo uní con el versículo de Eclesiastés que dice: “*Donde hay vida, hay esperanza*” y como dice el mito de Pandora “*la esperanza es lo último que se pierde*”. Ergo, fue evidente que, cuando la esperanza se enciende en común y la luz se confía al otro, incluso la llama más humilde es capaz de señalar el camino.

### **MARTES 13 DE ENERO**

El martes quiero llamarle: “*el día de las unciones*”. Siete (7) en total. En particular incluso a gente que no es católica, que, debido a la cercanía del ir calle a calle, aceptaron ese único encuentro espiritual que podían tener de momento. Ancianos solos, enfermos, familias divididas. Un momento especial fue cuando una señora Doña Isabel y don Miguel (católicos practicantes pero que ya no pueden practicar la fe como siempre debido a limitaciones físicas) nos recibieron, les impartieron la unción de los enfermos y los confesaron, luego, ella pidió que le cantáramos y como inspiración divina me salió cantar esa bella canción de “*Me dice que me ama*” como poniendo una estampilla al día. De los ojos ajados y penosos de doña Isabel brotaban lágrimas de emoción, júbilo y ternura. No voy a olvidar nunca este intercambio de sentimientos. Entendimos el valor de estar presente, aunque sea con un sencillo estribillo.

Ese mismo día salimos a ungir y visitar a Doña María, una mujer ya enferma, pero totalmente consciente, era su hija quien la cuidaba. Fueron los mismos vecinos quienes nos hablaron de ella y nos recomendaron que la visitáramos. Llegamos con prisa, urgidos por el itinerario. Era necesario avanzar pues teníamos muchas casas por visitar, muchas personas por acompañar. Íbamos convencidos de que el

tiempo apremiaba. No sabíamos aún que estábamos a punto de olvidar lo esencial.

No pasó mucho antes de que la realidad nos corrigiera. “*El primer misionado es el misionero*”, nos repetía con insistencia el Obispo Auxiliar de Valparaíso. Fue en esa casa humilde, y a través de Doña María, donde comprendimos el alcance verdadero de esa afirmación.

Recordé entonces a San Agustín, cuando en *Las Confesiones* afirma que el fin ontológico del ser humano es adorar a Dios, y que el corazón permanecerá inquieto hasta descansar en Él. Sin embargo, incluso con esa verdad conocida, el corazón joven suele caer en una narrativa cómoda y reduccionista: creer que hay tiempo de sobra, que la plenitud puede aplazarse, que la urgencia es siempre para después.

Doña María desmontó esa ilusión sin discursos ni solemnidades. Mientras hablaba, hizo con nosotros el mejor de los apostolados. Nos contó que había dedicado su vida entera al servicio del Señor: en su barrio, ayudando a los necesitados, sosteniendo a los suyos, coordinando por años la fiesta mayor del pueblo en honor a Nuestra Señora bajo la advocación de las Cuarenta Horas. Rezaba el rosario, acudía fielmente a los sacramentos, y asistía a la iglesia con muchísima frecuencia.

Pero su enseñanza no estuvo en lo que hizo, sino en lo que nos advirtió, con palabras sencillas y humildes: que no siempre se puede alabar a Dios con la misma intensidad, que el cuerpo pone límites, que la vida no concede eternamente las mismas fuerzas. Y por eso nos dijo hay que aprovechar cada segundo.

Salimos de esa casa distintos. Comprendimos que la alabanza y el cumplimiento de nuestro fin más profundo no admiten dilaciones, que hay una urgencia en vivir para Dios aquí y ahora, porque esa posibilidad, aunque eterna en su destino no se nos concede para siempre del mismo modo.

### **MIÉRCOLES 14 DE ENERO**

El miércoles fue, sin exagerar, un día imposible de olvidar. Llegamos junto al padre Arnaldo Ortiz Dominicci a un hogar de ancianos donde vivían cerca de veinticinco personas, desolados en casi todo, menos en

la fe. Con poco en las manos y mucho en el alma. Desde el primer momento, al sentarnos con ellos y acompañarlos, se produjo una sensación de intercambio indescriptiblemente impactante, de esas que rara vez se experimentan: no sabíamos bien quién consolaba a quién.

Fuimos testigos de algo inusual: una unción de los enfermos multitudinaria. Veinte ancianitos ungidos ante nosotros. El silencio, las manos, el óleo, la prédica, los cánticos, las miradas. No era un acto masivo; era una suma de historias personales tocadas una a una por la misma esperanza.

Entre ellos estaba don Iván, relativamente joven en comparación con sus pares del asilo. No profesa la fe católica, pero cree en Jesús. Por decisión propia no recibió la unción, y sin embargo fue él quien terminó dándonos una catequesis inolvidable. Cuando el padre Arnaldo le preguntó si deseaba bautizarse, respondió que no; pero añadió, con una convicción contundente, que creía y amaba a Jesús por encima de cualquier otra cosa. No hablaba de Cristo como una idea ni como un ideal abstracto, sino como una persona viva. En ese instante comprendimos que no tratamos con conceptos, sino con personas; que somos personas, y que estamos hechos para caminar con La Persona.

En la tarde fuimos a otro asilo, donde le administraron el sacramento de la unción de los enfermos, esta vez de más de quince ancianos que anhelaban, quizás más que el sacramento mismo, presencia y cercanía. Allí, Honduras ofreció su baile tradicional; Bolivia, Puerto Rico y Chile hicieron lo propio. Creímos llevarles un espectáculo, pero pronto quedó claro que el verdadero don lo recibíamos nosotros. Porque ese día entendimos que, aunque llevemos canciones, gestos y palabras, hay encuentros que devuelven algo más hondo: razones para vivir.

### **JUEVES 15 DE ENERO**

Durante este transcurso de salir puesta a puerta, simultáneamente se estaba dando una escuelita de verano para los niños de la comunidad de Limachito, en el cual nos encargábamos de ser los “tíos” o “maestros” de estos niños, jugar con ellos pintar sus caritas, en esencia compartir con ellos. Resalto la presencia de una pareja: Alex y Yohely, quienes estaban pasando por una situación económica fuerte y difícil pero no por esto dejaron de traer a sus niñas a compartir y tener esta experiencia. Nos enseñaron que aún en una situación de esta calaña, se puede “dar”.

Luego de compartir varios días con ellos, el jueves nos trajeron 2 ollas llenas de arepas venezolanas rellenas de revoltillo o frijoles. Un acto que significaba no solamente un ágape para un misionero siempre hambriento físicamente sino un ágape espiritual para un misionero siempre hambriento de ejemplos para crecer en la fe. Aprendimos lo bonito de “dar”.

Una de las figuras de impacto en este proceso fue el Padre Arnaldo de Ponce, Puerto Rico, quien nos acompañó desde el primer día y, lejos de ocupar un lugar distante, caminó con nosotros como un misionero más. En su trato cotidiano fue revelando, sin discursos ni gestos grandilocuentes, lo más bello y hondo del ministerio sacerdotal vivido con autenticidad.

La convivencia dentro de la comunidad misionera no habría sido la misma sin un pilar humano y espiritual como él. Es fácil pensar que quien consagra su vida a Dios se vuelve inaccesible o ajeno, pero el Padre Arnaldo desarmó por completo esa percepción. Su cercanía sincera, su interés real por las almas y su disposición constante a ayudar en todo se convirtieron en brújula durante toda nuestra estancia en Limachito. En su modo de estar, comprendimos que la autoridad espiritual comienza con calidad humana y no se impone: se acompaña, y que el sacerdocio, cuando se vive así, no separa, sino que acerca y sostiene.

Otra experiencia que marcó nuestras vidas fue el encuentro con una mujer que, nos confesó que sentía que su vida ya no tenía sentido. Conversando, ahondamos en la herida: había perdido a su esposo y a su hijo, y ese doble duelo había dejado una ausencia irremediable.

Uno de los compañeros del grupo, estudiante de medicina, se detuvo a conversar con ella, y de ese diálogo surgió una de las conversaciones más profundas de toda la misión. No hubo respuestas fáciles ni intentos de consuelo apresurado. Resulta que a él le había premuerto su padre, quien figuraba gran importancia y relevancia en su vida pues durante su niñez, le acompañó en una enfermedad que sufrió y que solamente con la ayuda de él pudo superar. Años más tarde su padre enfermó durante la pandemia del COVID-19 y murió solo, sin que nuestro querido “dóctor” (como le llamamos de cariño) pudiese recomfortarle. Este cruce de universos paralelos hizo que compartieran, más bien, el sentimiento

común de impotencia ante la muerte, el peso real de la pérdida, ese dolor que de efímero no tiene nada y de perdurable lo tiene todo.

Nuestro compañero, al hacerse empático y hacerle honor a su familia y profesión pudo hacer que en el corazón de esta señora destellara un rayito de luz en tanta penumbra, vimos una leve sonrisa de alivio. Eso no tiene precio.

### **VIERNES 16 DE ENERO**

El día viernes, los internacionales salimos a una reunión con los directivos de la PUCV y el obispo auxiliar para tener un intercambio de las ideas y hallazgos de lo experimentado en Limachito. *“La misión comienza donde estamos y con lo que somos”* decía un compañero Boricua. Mencionábamos que Limachito aparte de ser una comunidad con una necesidad física y económica palpable, es una comunidad de fe que ha sido abandonada pastoralmente durante los años pero que no por esto las personas no tienen una relación con Dios. Le contamos al Obispo y a los directivos como estas personas recurrentemente caían en la retórica de decir que creían en Dios a su manera, claro síntoma de falta de acompañamiento. Tenemos fe en que Limachito solo necesita un pastor para esas ovejas que aman y conocen a Jesús como una persona. Visitamos la gran ciudad de Valparaíso y nos preparamos para seguir compartiendo en comunidad con el resto de los misioneros.

### **SÁBADO 17 DE ENERO**

Ya acercándose el final de la misión, los corazones cada vez de acongojaban con la idea de que el fin de este arduo pero hermoso trabajo estaba cerca. Visitamos por una última vez las casas, nos despedimos de la gente de la comunidad y pintamos un mural que representaba el trabajo que habíamos hecho en esta comunidad en unión 4 grandes países. Tuvimos una misa con el obispo, nuestro querido Padre Arnaldo y el párroco Padre Enzo.

Al salir de la misa cantábamos esa gran estrofa casi himno de la música hispana que dice: *“Al partir un beso y una flor, un te quiero, una caricia y un adiós”* agradeciendo así la acogida del pueblito de Limachito y deseándoles todo lo mejor.

### **DOMINGO 18 DE ENERO**

Luego de tener la misa de despedida en la parroquia, nos pasaron al frente para tomarnos una foto como grupo y con las banderas de cada país. Mientras tanto, el coro cantaba “*Alma Misionera*”. Esta canción que ciertamente he escuchado más de cientos de veces, por primera vez me tuvo sentido. “*Llévame donde los hombres necesiten tus palabras, necesiten tus ganas de vivir. Donde falte la esperanza, donde falte la alegría...*” Esta melodía pegajosa fue en ese momento himno multinacional, definición, esencia. Fuimos misioneros... Fuimos el sujeto del que habla la canción... Una realidad poco palpable al inicio pero que ya el último día era identidad. Me preguntaba, ¿Por qué esto se tiene que acabar? Pero la realidad del misionero es una: Un misionero llega a un lugar donde es muy necesitado y poco querido y permanecerá allí hasta que sea muy querido y poco necesitado.

Despedirnos de la comunidad y de nuestros compañeros misioneros costó, incluso algunos insinuaban irse sin despedirse, puesto que esto les costaría demasiado. Pero... la realidad llegó en frente de la PUCV, donde todo empezó, en ese momento dejamos un pedazo del corazón en Chile.

### **REFLEXIÓN**

Con ánimos de reflexionar sobre lo acaecido, tengo que admitir que al llegar nuevamente a mi país de origen no puedo parar de pensar en lo mucho que todos cambiamos. No quiero sonar trillado ni utilizar una frase cliché, pero creo que es meritorio decir que nadie que vive este tipo de encuentro con la realidad, la gente y por ende con el de allá arriba; vuelve siendo el mismo. Eso, por una parte.

Por otra parte, entendí que cuando el conocimiento deja de flotar en abstracto y desciende a la experiencia, la realidad se vuelve más legible. No porque se simplifique, sino porque se deja percibir. Es algo que ya intuía Aristóteles cuando advertía que la teoría, por sí sola, tropieza una y otra vez, pero la teoría sumada al componente experiencial, es lo que hace que seamos artistas y finalmente conocedores de la ciencia, que según él define es el conocimiento de las causas primeras. No propongo que hemos llegado a ese hito, pero definitivamente esta experiencia hace que estemos un paso adelante en esta escalera del entendimiento de la ciencia de la vida.

Me he chocado con la realidad de no recibir mucha atención a mi deseo intrínseco de contarle a todo el mundo lo que sucedió y lo transformador e increíble que fue, pero quizás todo redonda en nuestra inhabilidad de poder poner en palabras vivencias tan increíbles. Me reúso a pensar que esto fue una experiencia inefable y que me tengo que ceñir al proverbio de Wittgenstein: *“Donde no se puede hablar, hay que callar”*. Mejor soy partidario de Neruda y opto por que: *“la palabra es un ala del silencio”*. He aquí el porqué de escribir esta crónica, simplemente un esfuerzo de articular una experiencia que cambió vidas en todas las direcciones.

En fin, opto por pensar que quienes vivimos esta experiencia estamos llamados a reflejarla más con el ejemplo que con las palabras. Al menos en lo personal, haberme enfrentado a esa realidad, habitarla, hacerme parte de ella; convivir con personas cuya vida interior resulta tan profunda como inspiradora; sentir el calor de un país hermano y dejar sembrada una semilla de esperanza, ha sido una enseñanza que no necesita proclamarse: basta con vivirla.

Por: Miguel Moreno